



## Capítulo 22

# Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica  
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich  
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú  
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

*Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez*

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: [feditor@pucp.edu.pe](mailto:feditor@pucp.edu.pe)

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

## LA HISTORIA SIN FIN

por Óscar Malca

AUNQUE DE DIFUNDIDO PRESTIGIO ACADÉMICO, la obra de Miguel Gutiérrez es poco y mal conocida fuera del ámbito universitario. De espaldas a ello, la suya es una trayectoria literaria que ni aun en sus peores momentos deja de tener interés, pues a su muy particular visión de la realidad suma además un brío fabulador pocas veces advertido en la narrativa peruana.

El abajo firmante estuvo entre quienes se entusiasmaron con la lectura de su primer libro. *El viejo saurio se retira*, publicado en 1969; mas también se contó entre los que se decepcionaron ante su informado pero desastroso ensayo *La generación del 50: un mundo dividido* (1988) —falta de rigor e infantilmente tendencioso— y, sobre todo, ante la fallida novela con que reaparecía, tras veinte años de silencio, en las letras peruanas: *Hombres de caminos* (1988), donde la ambición expresiva terminaba obturando la fluidez de una historia de por sí proclive al fárrago y el acartnamiento.

Tratándose de un narrador que, tanto en *El viejo saurio* como en los textos que publicó durante la época de la revista *Narración* —grupo de escritores vinculados a las universidades de San Marcos y La Cantuta que buscaban desarrollar una narrativa así llamada *social*— en la década del 70, asomaba como el más dotado de su generación, semejantes fracasos resultaban sorprendentes. Si dejamos de lado a Reynoso, que era en realidad *la vieja*

*gloria* de la revista, por contraste, sus compañeros de equipo sí lograron en cambio incursionar con éxito en el mundo de la narrativa popular gracias a estupendos libros como *Monólogo desde las tinieblas* (Antonio Gálvez Ronceros) y *Canto de sirena* (Gregorio Martínez).

La inteligencia literaria de Gutiérrez parecía entonces haberse dejado arrastrar por las pasiones políticas, vicio ilustre que bien podría haber adquirido de un escritor con cuya propuesta guarda no pocas equivalencias: Mario Vargas Llosa. Riesgos de tener aún a la idea como sustento de la ficción.

Sin embargo, en 1991 publica *La violencia del tiempo*, extensa novela con la que vuelve a mostrarse en todo su plumaje. Aparte de los previsibles panegíricos de aquellos que, como diría Pauline Kael, en el fondo respetan más el trabajo pesado que el auténtico arte, lo cierto es que se trata de una saga histórico-familiar muy bien construida y pese a tener muchas páginas demás —son tres gruesos tomos— constituye un libro fascinante en su despliegue verbal y que, por supuesto, merece un análisis de mayor profundidad que este apretado comentario.

La reciente aparición de *La destrucción del reino* (1992), en realidad una excelente muestra a escala del universo narrativo de Gutiérrez, confirma que nos hallamos ante un escritor que se toma las cosas en serio. Vuelven los sangrientos duelos a machete bajo la luz de la luna, las mitológicas bastardías silenciadas pero nunca olvidadas, en fin, la cataclísmica descomposición del linaje y el poder de los hacendados piuranos. Páginas pobladas por personajes descoyuntados como Laureano Carnero, Artimodoro Alberca o Carmen Domador, protagonizan las sucesivas historias entre las que ha crecido un aleatorio «niño del velo».

Con una narración grave, a ratos reflexiva, a ratos presagiosa al modo del primer García Márquez, Juan Rulfo o David Viñas, Gutiérrez compone una novela breve —género en el que este año ha coincidido con Fernando Ampuero y Mirko Lauer— de lectura intensa, que permite una nueva aproximación a la gracia y desgracia de la Piura mágica y la Piura real. El trabajo con las

fotografías, siendo atractivo, de impecable realización, no añade ni quita nada al texto.

Los temas y el tratamiento que les da son casi los mismos en el conjunto de su obra novelística, solo que en esta oportunidad digamos que no se le ve la enagua, visible sí en páginas de libros anteriores. Porque como se ha dicho líneas atrás, Gutiérrez es de los creadores que guardan un riguroso culto a la idea —típico de la modernidad, luego de lo que Nietzsche denominó la muerte de Dios— en una época que contempla sin asombro ni dolor los escombros del gran discurso totalizador que emanaba de esa idea, ahora convertida en una más entre miles de ondas parciales, locales, fragmentarias.

Y aunque el hecho de ser un escritor reaccionario no mella necesariamente la consistencia de sus ficciones, marchar contra la historia, por el tipo de literatura al que ha apostado, sí puede complicarle la comunicación con aquello que hasta las primeras décadas de este siglo no tenía ninguna importancia para los novelistas: el mercado. Aislarse del mercado, es decir el público, la masa de lectores no especializados, implica confinarse en el circuito académico. Como se desprecia al lector de carne y hueso, contemporáneo, se escribe «como uno quiere» y para la posteridad, claro.

Esta actitud idealista es clara en la obra de Gutiérrez, pues su discurso narrativo, omnívoro, complejo, suena como el rollo de un predicador religioso en medio de la palabra ágil de la televisión, el cine y los cómicos y vendedores callejeros. El tono con que relata, se ha dicho, es grave, solemne, lento para la clase de temática que escritores más jóvenes como Cromwell Jara y Oscar Colchado ya enfrentan con el desenfado, el humor, la sangre fría y la poesía simple de lo cotidiano; temperamento de la época, que le dicen.

Tener una propuesta anacrónica tampoco invalida un talento como el del autor de *La destrucción*; por el contrario, al aumentar el riesgo aumenta el mérito del logro. La ruta elegida está tan trasegada que solo queda la excelencia para llegar a destino. Es

como hacer óperas hoy en día: además de renovar su estética, su discurso, tienen que ser perfectas hasta el mínimo detalle y estar en capacidad de competir con los nuevos espectáculos que la han desplazado como género grandioso, si es que quieren que alguien vaya a verlas.

Miguel Gutiérrez es un valioso narrador que no necesita recurrir a la ópera para poner en escena las míticas tragedias genealógicas y sociales a que nos tiene acostumbrados. La mejor prueba es esta sólida novela corta, aparentemente hecha pensando, esta vez sí, en el mercado, y en la que están condensadas tanto sus preocupaciones personales como sus posibilidades expresivas, que en modo alguno son escasas.

*Debate*, Lima, n.º 71, vol. XV, noviembre 1992 - enero 1993.